
UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
10001795470

EL
TESTAMENTO POLÍTICO
DE MARTÍ

(Reproducción fotográfica de la célebre carta dirigida a Federico Henríquez y Carvajal el 25 de marzo de 1895.)

Las Antillas han de salvarse juntas o juntas han de perecer.

José Martí.

EDICION DEL "COMITE PRO-SANTO DOMINGO".



La Habana
Imprenta "El Siglo XX"
de la
Sociedad Editorial Cuba Contemporánea
Teniente Rey, 27
1919

EL TESTAMENTO POLÍTICO DE MARTÍ

Sr. Federico Henríquez y Carvajal.

Amigo, y hermano:

Tales responsabilidades suelen caer sobre los hombres que no niegan su poca fuerza al mundo, y viven para aumentarle el albedrío y decoro, que la expresión queda como vedada é infantil, y apenas se puede poner en una enjuta frase lo que se diría al tierno amigo en un abrazo. Así yo ahora, al contestar, en el pórtico de un gran deber, su generosa carta. Con ella me hizo el bien supremo, y me dió la única fuerza que las grandes cosas necesitan, y es saber que nos las ve con fuego un hombre cordial y honrado. Escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos, y sienten con entrañas de nacion, ó de humanidad. Y queda, despues de cambiar manos con uno de ellos, la interior limpieza que debe quedar despues de ganar, en causa justa, una buena batalla. De la preocupacion

rea/ de mi espíritu, porque Vd. me la
adivina entera, no le hablo de propó-
sito: escribo, conmovido, en el silencio
de un hogar que por el bien de mi
patria va á quedar, hoy mismo acaso,
abandonado. Lo ménos que, en
agradecimiento de esa virtud puedo
yo hacer, puesto que así más ligo
que quebranto deberes, es encarar
la muerte, si nos espera en la tierra
ó en la mar, en compañía del que,
por la obra de sus manos, y el respeto
de la propia suya, y la pasion del
alma comun de nuestras tierras, sale
de su casa enamorada y feliz á pisar,
con una mano de valientes, la patria
cuajada de enemigos. De vergüenza me
iba muriendo, — aparte de la convic-
cion mía de que mi presencia hoy
en Cuba es tan útil por lo ménos
como afuera, — cuando creí que en
tamaño riesgo pudiera llegar á con-
vencerme de que era mi obligacion
dejarlo ir solo, y de que un
pueblo se deja servir, sin cierto
desdén y despego de quien predicó
la necesidad de morir, y no empezó

por poner en riesgo su vida. Donde
esté mi deber mayor, adentro ó afuera
allí estaré yo. Acaso me sea dable
ú obligatorio, según hasta hoy parece,
cumplir ambos. Acaso pueda contri-
buir á la necesidad primaria de dar
á nuestra guerra renaciente forma
tal, que lleve en germen visible, sin
minuciosidades inútiles, todos los principios
indispensables al crédito de la revolu-
ción y á la seguridad de la república.
La dificultad de nuestras guerras
de independencia, y la razón de lo lento é im-
perfecto de su eficacia, ha estado, más
que en la falta de estimación mutua
de sus fundadores y en la emulación
inherente á la naturaleza humana,
en la falta de forma que á la vez
contuviese el espíritu de redención y
decoro que, con suma activa de ímpetus
de pureza menor, promueven y mantienen
la guerra, — y las prácticas y personas
de la guerra. La otra dificultad, de que
nuestros pueblos amos y literarios no
han salido aún, es la de combinar,
después de la emancipación, tales ma-
neras de gobierno que sin descontentar

á la inteligencia primada del país
contengan y permitan el desarrollo
natural y ascendente de los elementos
más numerosos é incultos, á quienes
un gobierno artificial, aun cuando
fuera bello y generoso, llevaría á la
anarquía ó á la tiranía. — Yo
evoqué la guerra: mi responsabilidad
comienza con ella, en vez de acabar.
Para mí la patria no será nunca
triunfo, sino agonía y deber. Ya
arde la sangre. Ahora hay que dar
respeto y sentido humano y amable,
al sacrificio: hay que hacer viable
é inexpugnable, la guerra: si ella
me manda, conforme á mi deseo
único, quedarme, me quedo en ella;
si me manda, clavándome el alma,
irme lejos de los que mueren como
yo sabría morir, también tendré
ese valor. Quien piensa en sí, no ama
á la patria; y está el mal de los
pueblos, por más que á veces se lo
disimulen sutilmente, en los estorbos
ó prisas que el interés de sus repre-
sentantes ponen al curso natural de los
sucesos.

A mí espera la deposición absoluta
y continua: Yo alzaré el mundo. Pero
mi único deseo sería pegarme allí,
al último tronco, al último peleador:
morir callado. Para mí, ya es hora.
Pero aún puedo servir á este único
corazon de nuestras repúblicas. Las
Antillas libres salvarán la independencia
de nuestra América, y el honor ya du-
doso y lastimado de la América
inglesa, y acaso acelerarán y fijarán
el equilibrio del mundo. Vea lo
que hacemos, Vd, con sus canas
juveniles, — y yo, á rastras, con mi
corazon roto.

De Santo Domingo ¿ porqué
le he de hablar? ¿Es eso cosa dis-
tinta de Cuba? ¿Vd. no es cubano, y
hay quien lo sea mejor que Vd.?
¿Y Gomez, no es cubano? ¿Y yo,
qué soy, y quién me fija suelo?
¿No fué mía, y orgullo mío el
alma que me envolvió, y alre-
dedor mio palpitó, á la voz de Vd,
en la noche inolvidable y viril
de la Sociedad de Amigos? Esto
es aquello, y va con aquello. Yo
obedezco, y aun diré que acato como

superior dispensacion, y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de libertad de Cuba. Hagamos por sobre la mar, á sangre y á cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino.

Me arranco de Vd, y le dejo, con mi abrazo entrañable, el ruego de que en mi nombre, que sólo vale por serlo hoy el de mi patria, agradezca, por hoy y para mañana, cuanta justicia y caridad reciba Cuba. A quien me la ama, le digo en un gran grito: hermano. Y no tengo más hermanos que los que me la aman.—

Adiós, y á mis nobles é indulgentes amigos. Debo á Vd. un goce de altura y de limpieza, en lo áspero y feo de este universo humano. Levante bien la voz; que si caigo, será tambien por la independencia de su patria.—

Su José Martí

Montecristi 25 Marzo 1895.— Hoi, día

CUBA I QUISQUEYA

LEMA:

"Todos con la patria i todo por la patria."

DISCURSO I CONFERENCIAS

POR EL

DR. FED. HENRIQUEZ I CARVAJAL

HIJO ADOPTIVO DE SANTIAGO DE CUBA

EL IDEAL I LA EPOPEYA

EL IDEAL I LA EPOPEYA

Discurso pronunciado en Santiago de Cuba, ante la tumba de Martí, el 19 de mayo de 1917, 22º aniversario de la muerte del héroe.

Perdonad, señores, mi silencio: los minutos que he tardado en reponerme para dar principio a mi discurso ante la tumba i en honor del héroe.

Yo he debido recojerme en mí mismo, por un instante, para ver de dominar, siquiera en parte, la intensa emoción que me ha producido una súbita noticia de muerte ni esperada ni prevista.

¿No lo sabéis? Hace poco, cuando iba a incorporarme a la comisión de ediles del Concejo de la Ciudad—a quienes debo la amable atención de haberme acompañado desde mi residencia hasta el cementerio—comunicome el teléfono la noticia infausta, para mí dolorosísima, que ha llegado a nosotros en las alas de la electricidad como un contundente golpe de rayo:

José Enrique Rodó ha muerto!

¿Lo habéis oído? Ha muerto el artista i escritor eximio. Ha muerto en Italia, en la tierra del Lacio, clásica por el pensamiento i por el arte, mientras la visitaba como pensador i como artista. Ha caído el magno estilista, la pluma de evangelista i de maestro en la mano próvida de verdad i de belleza, mientras escribía nuevas páginas que parecen de mármol de Carrara i emulan el divino mármol pentélico. Ha caído, joven aún, i su noble figura de Ariel se alza—como acaso se alce un día en la pampa de granito—encima de la cardinal trilogía de sus libros inmortales, que vienen a ser a modo de tres piedras angulares para el monumento de la estatua viva del sereno pensador i artista rioplatense.

Rara coincidencia, señores, la que ahora, al ponerme frente al modesto panteón i el albo busto de Martí—en este día de conmemora-

ciones i edificaciones del patriotismo cubano—interpone, aunque sólo sea por un momento, la doliente visión del escritor excelso, recién fenecido, entre el orador i la adorable visión del apóstol. Estímola, en lo que me atañe, como una doble atracción simpática, en el amor i el dolor, pues ambos fueron en la vida i son en la muerte mis amigos predilectos.

José Enrique Rodó ha muerto! Ha caído en el seno de la tumba, a deshora, el artista i estilista, el pensador i maestro hispanoamericano...

Meditemos...

Señores:

Debo a la cordialidad i a la gentileza de un selecto grupo de damas orientales—a quienes me cumple i place darles en público gracias efusivas, como pálida expresión de mi reconocimiento—el singular honor de llevar aquí, hoi, en este acto de piedad filial i de edificación cívica, la palabra oral del discurso de orden, harto modesta por ser mía, pero, como mía, mui cordial i mui sincera—en conmemoración del vigésimo segundo aniversario de la dolorosa i no menos gloriosa caída del héroe en el campo épico de *Dos Ríos*.

Gentilísima cordialidad la suya, señores, para mí de un altísimo valor, de un valor imponderable, porque estimo que cordialidad, como nobleza, obliga. Oblígame, en lo que a mí respecta, i no de ahora, la consideración exquisita con que me ha favorecido i me distingue ese selecto grupo de damas. Oblígame, también, por ellas mismas, por cada una de ellas, i especialmente por lo que todas ellas, en amable comunión de ideas i de sentimientos, son i representan en la compleja actividad social de Santiago de Cuba.

Esa representación tiene un doble carácter. Se compone de dos brillantes acordes que se enlazan i concurren a la formación de una armonía suprema: el patriotismo.

Sacerdotisas son ellas, unjidas por el deber, pues lucen la noble investidura del magisterio i ofician en las aulas de la "Escuela Spencer", su templo augusto, en favor de la educación integral de trescientas niñas, sus discípulas, que son las maestras i las madres del futuro; vestales son ellas, unjidas por el amor, en su calidad

de miembros de la "Sociedad Pro-Martí", i cuidan con esmero i conservan con solicitud el fuego sagrado, de llama i de luz perennes, sobre el ara sin mancilla que cierra la tumba del Maestro, al renovar, cada día, la ofrenda votiva del ramo de flores junto a la victoriosa enseña de la estrella solitaria.

Dignas son todas, merecedoras, de una mención honorífica, estimuladora de otras iniciativas escolares, por su ejemplar consagración a las ímprobas faenas de la enseñanza i por su devoción ejemplar al culto del héroe, del prócer extinto, que es uno de los más esclarecidos iluminadores de razón i de conciencia del mundo americano. Dignas son, merecedoras, de que sus nombres sean grabados en lámina de bronce, a guisa de columna de honor, al pie del busto inmaculado, erigido por ellas, o en la base del mausoleo monumental que la piedad i el patriotismo, emulándose, habrán de erijir en breve como la tumba definitiva del Apóstol i Maestro.

Son nueve, como las musas, las meritísimas vestales. Diríase que son las nueve musas de un nuevo i raro parnaso—el de los dioses mayores o máximos próceres de la independencia—entre los cuales el orador insigne i altísimo poeta, por su verbo i por su lira, símbolos de suma belleza, fuera el inmortal i divino Apolo.

—"La epopeya no había muerto"... !

Con ese grito de entusiasmo i de alborozo—que hinchió de júbilo el alma predispuesta de la multitud congregada aquel día, a orillas del Ozama, para recibirlo en triunfo i aclamarlo como héroe invicto—saludó un vehemente tribuno dominicano (1), de fáciles arengas, al prestantísimo General Máximo Gómez cuando—apenas concluída su marcial jornada i coronada por el éxito la viril contienda i la costosa redención del pueblo cubano—hizo a su patria una visita especial para agradecerle por él i Martí i en nombre de la isla hermana, ya redimida, cuanto tesonero esfuerzo i cuanto sacrificio ingente había hecho aquélla en aras de la independencia de Cuba.

—"La epopeya no había muerto"... ! i ese grito efusivo se difundió en alas del eco, a los cuatro vientos del espíritu, i fué de monte en monte i de etapa en etapa, hasta repercutir en todos los ámbitos de la tierra quisqueyana, la hospitalaria i generosa, la brava i heroica—la mía!, la de vuestro libertador, cubanos—en donde jamás ha muerto, o, a la manera del fénix, renace siempre la epopeya.

(1) Eugenio Deschamps.

Ciertamente, señores, la epopeya no había muerto i el ideal estaba vivo.

Pensando en ello, en esta hora de recojimiento i de homenajes, lo mismo que otras veces, evoco i rememoro los claros hechos i las cosas con alma, tales cual son o tales cual fueron, i el examen de la conciencia colectiva de estos pueblos olvidadizos i convulsos, ''amos i literarios'', que dijo de ellos el apóstol—i doile sueltas al monólogo interno para pensar en silencio i decir a voces:—Así como el Generalísimo, erecto en el prestigio de su gloria, fué a nosotros, a sus compatriotas, en aquella ocasión inolvidable, así pudo haber ido el gran agitador revolucionario—de no haber caído a deshora, en desigual combate, sobre el campo de Dos Ríos—para llevarnos también en su verbo magno de orador-poeta la ofrenda votiva de su gratitud i de su cariño... I pienso que aquí mismo, ahora, si le fuera dado, levantaría con sus propias manos sugestivas la losa de su sepulcro, i surgiría del seno de las sombras, de la nada, a la plena luz solar de su espíritu, para renovar aquel ruego suyo, tal como lo expresa, i me lo pide en su ejemplarísima *Carta-testamento,* de que ''en su nombre, que sólo vale por ser el de su patria, agradezca, por hoi i para mañana, cuanta justicia i caridad reciba Cuba''...

Ah, señores! Cuando tal milagro del amor ultraterreno fuera posible i se realizara—con pasmo de la razón i estupor sagrado de la conciencia de cuántos aquí viésemos la resurrección del verbo hecho carne, o hecho espíritu, sería para mí, sin duda, el honor excelso de saludarlo con una nueva síntesis, reflejo de su fecunda alma fundadora, no menos comprensiva que la del tribuno de las arengas, i de mayor alcance moral i cívico; i éste sería mi saludo de alborozo en homenaje de adhesión al héroe perilustre redivivo:

—''Los ideales no mueren, o no deben morir, sino una vez realizados en el tiempo, i tu ideal, tu óptimo ideal, hermano, vive todavía''...

José Martí... ¡Perdonad, señores, i no os sorprenda la emoción incontenida que corta en mis labios el discurso, pues cada vez que evoco su figura de apóstol e invoco su nombre inmortal, siento algo en mí que se descubre reverente i me parece sentir en las sienes, o en la frente fatigada al peso de las ideas, el beso de la unción patriótica i de la solidaridad antillana, o en una u otra mejilla, pálidas i mustias bajo la pesadumbre de los años, el ósculo fraternal de los días iniciales de la estupenda labor revolucionaria...

Ya lo dijo el genial poeta de la *Leyenda de los siglos:*—''Hai

momentos en que, cualquiera que sea la actitud del cuerpo, el alma está de rodillas.''

José Martí, tal como un diamante de fulguraciones estelares, tenía varias facetas en su ático espíritu de austero paladín de una causa justa; pero en cada una de ellas se quebraba i descomponía siempre, en iris de amor i de armonía, una luz solamente, la misma luz intensa e inagotable que prendió en su alma de proscripto, un día de añoranzas i nostalgias, el gran dolor de la lucha decenal en fracaso: la idea matriz de todos sus pensamientos; el objetivo invariable de todas sus acciones de conspirador irreductible; la visión inefable de sus ansias de patriota i sus sueños de poeta; el filantrópico ideal de toda su vida: ''Cuba, independiente i soberana, constituída en República cordial con todos i para todos''.

Providente ideal el suyo!

Para encenderlo con la misma luz i templarlo en la misma llama de la estrella solitaria—ojo de oro en la bandera enastada sobre las rebeldes cumbres, las del Oriente indómito, convertidas en atalayas de los insurrectos en armas—pudo bastar la flamíjera espada de los caudillos militares en cien i más lides victoriosas. Eso atañe a la epopeya i da pasto a la leyenda.

No así para transfundirlo, como sangre nueva, en el organismo de cada cubano ni en cada uno de los que, por la eficacia de una serie de relaciones naturales, articulan i constituyen, con el individuo como primer eslabón i base indispensable, el superior organismo de organismos que es toda sociedad humana nacionalmente constituída. Para transfundirlo, como sangre nueva, en los emigrados heridos por la desilusión o por la duda, en los restos dispersos de las demedradas huestes del decenio heroico, i en los jóvenes recién incorporados al movimiento de propaganda a favor de la reanudada empresa libertadora, claro es, se hacía necesario el apostolado persuasivo i edificador de aquel misionero errante, peregrino de un óptimo ideal, que, con la unción evangélica de su palabra, incisiva i sedante, logró infiltrar algo o mucho de su amable espíritu en los legionarios de la revolución, restaurada en Baire i consagrada con la muerte del Apóstol en la artera sorpresa de *Dos Ríos.*

No fué la suya, ni podía serlo, labor sencilla i fácil. Al contrario. Difícil era el empeño a que dedicó las horas, aún las de la vigilia, como quien sirve a una sola deidad, adscrito a un solo culto. Empedrado de ingratitudes, de recelos, de egoismos, estaba el camino de su larga peregrinación i de sus contínuas pláticas. Como el Na-

zareno tuvo él su víacrucis. Pero su palabra, elocuentísima, diáfana como su espíritu i sincera como su cariño, iba caldeando el ambiente i despertaba ecos de simpatía dentro i fuera de Cuba. Era evidente que de su poderoso cerebro, foco de luz radiante, provenían el consejo i el ejemplo como exponentes iguales del equilibrio moral de su espíritu.

—''Bien predica quien bien vive''—según el conceptuoso aforismo de otro antillano insigne—(2)—i toda la existencia del preclaro sucesor de Céspedes i de Aguilera—para el cual ''la patria nunca sería triunfo, sino agonía i deber''—es, por sus renunciaciones voluntarias, por sus sacrificios constantes, por su cordialidad abundantísima, el más alto ejemplo de una vida en toda su ecuanimidad i en toda su pureza, a la vez que el mejor de los discursos de aquel orador insuperable.

Por todo eso, señores, por todo cuanto llevo dicho hasta ahora, por todo cuanto guarda en silencio el monólogo interno de la mayoría de mi auditorio, benévolo i gentil, se percibe con los ojos i el oído, se siente con el sentido de la conciencia i se comprende con la razón, en una sola función intelectual, cuán grave fué la responsabilidad que asumió el agitador revolucionario i cuán excelsa i pulcra es la gloria que nimba la eurítmica psicología del Maestro.

Era él, sólo él, como Duarte en su momento histórico, el predestinado, el vidente, el elegido, para ir delante, guiando a las multitudes, con el corazón en los labios i el alma en la frente, a modo de lucero del alba, de un alba nueva, al través de la obscura selva humana, en donde reptan las pasiones en furia, o mar adentro, en el mar sin orillas que es el gran dolor taciturno de los hijos sin madres, de los patriotas sin patria! Era él, i no otro, el elegido de la hora, para romper o fundir, al sacro fuego de su verbo apocalíptico, las áureas cadenas con que cierto pacto sustituyó aparentemente el poste de ignominias de la desangrada colonia aún no manumitida. Era el predestinado; i así como, en el mensaje del arcángel confidente,—''el verbo se hizo carne'' i habitó en el seno de una virgen, i fué el Mesías, anunciado por la tonante voz de los profetas; el ideal patricio, hecho verbo i hecho vida, encarnó en el alma del poeta i orador revolucionario, en José Martí, i fué el apóstol de las gentes, i fué el héroe de las legiones libertadoras, i fué el oráculo de la República cordial de todos i para todos.

---

(2) Eugenio M. de Hostos.

Providente ideal el suyo! Amable fórmula, de paz i de concordia, de transigencia i tolerancia, propicia como ninguna a la concordancia de regímenes, el social i el político, absolutamente indispensable para la estabilidad definitiva de las actividades sociales i de las instituciones jurídicas. Pero, decidme, vosotros, los que recibísteis con amor el legado cívico del amado Maestro, decidme—pues yo soi de la familia cubana i hago mías vuestras horas de dolor i angustias, porque "esto es aquéllo i va con aquello"—decidme cuál ha sido, en cárdenos días de pasión i de tragedia—que ojalá se fueran a no volver—la suerte del ideal de los épicos prodigios, el de la lei por norma i el derecho por númen, el de la libertad por atmósfera i la justicia por sol sin ocaso, el que hizo de la patria un solo hogar de amor, paz i armonía, i es fórmula definitiva i programa de vida nacional para Cuba?

Esos—¡oh, dolor!—campos de lucha fratricida, en los cuales se ciernen i abaten su vuelo las negras auras de la desolación i la muerte, que fueron antes zonas ubérrimas i emporio oreciente de millonaria industria agrícola, están diciendo a voces: que el predominio de la duda sobre la fe, del pesimismo sobre el optimismo, del hecho amoral sobre el acto consciente, o del interés transitorio sobre el ideal perenne, acaso ha proyectado su cono de sombras en la diáfana superficie del astro en que fulgura la luz del ideal cubano.

Yo no os acuso. Yo a nadie culpo ni lo denuncio a la justa cólera de los dioses inmortales. Ni tampoco pondré mano torpe, o indiscreta, en las heridas por las cuales se escapa la sangre i se agosta la vida de este pueblo, robusto i sano, lo mismo que ha sucedido a aquel otro, sano i robusto—el miserando!—que es sangre de mi sangre i es alma de mi alma. Yo sé, también, que las más profundas tinieblas se deshacen al beso de luz de una nueva aurora; i que el ideal de Martí está siempre vivo en el espíritu de los próceres edificadores de la conciencia nacional i palpita a menudo en la voluntad, la razón i la conciencia de no escaso número de cubanos de acción i de pensamiento. Limítome a exhortaros, en esta hora de examen de conciencia i de atrición patriótica, a la saludable reacción en pro de un más amplio i efectivo espíritu de transigencia, de tolerancia, de paz, de concordia, de cordialidad, tal como palpita en la fórmula consagrada por el héroe-mártir, al caer sin aliento, pero no vencido, de cara al sol de la independencia.

Yo os exhorto, cubanos, a ahogar en su cuna, o en su caverna, a las hidras gemelas de la discordia i de la anarquía, i a ir de frente,

de cara al ideal excelso, por la misma senda de amor i de sacrificios, por donde fueron a su turno los legionarios del ideal i los legionarios de la epopeya. Esa es la vía! Esa es la vía por donde viene la vida. Por la otra siempre vino la muerte. Esa es la víacrucis de ayer, la de los héroes i los mártires egregios, convertida, por el amor patrio i el titánico esfuerzo de ambas pléyades del heroísmo, en camino de redención, en camino de perfección, por donde sólo i siempre venga la vida.

Mirad, cubanos; mira tú, colmena laboriosa de los ricos panales escolares, i tú, generosa juventud, que eres promesa de hoi i serás mañana realidad i gloria de Cuba; mirad todos, con ojos de fe, de amor i de esperanza, i veréis cómo—al conjuro, no de mi voz ahogada en las olas de la emoción que pugna por sellar mis labios, sino del verbo fulgurante i evocador del Apóstol—se alzan ahora de su tumba los próceres i los adalides de Cuba irredenta i de Cuba redimida.

Miradlos con los ojos del alma, cubanos.

Yo alcanzo a verlos, en los horizontes de la mía, imbuída en el para mí fraternal espíritu de Martí, cómo avanzan en líneas paralelas, a ambos lados del camino de redención, del camino de perfección, i veo cómo descuellan, cimas i atalayas del patriotismo, los prominentes i representativos de la doble legión sagrada. A la derecha: Narciso López, Joaquín de Agüero, Luis Marcano, Ignacio Agramonte, Modesto Díaz, Julio Sanguily, Calixto García, Antonio Maceo. A la izquierda: Heredia, Luz Caballero, Saco, Céspedes, Aguilera, Masó, Cisneros, Estrada Palma. En el centro: José Martí i Máximo Gómez. Dos soles. Estos, fraternalmente unidos en el pensamiento i en la acción, por Cuba i Quisqueya, constituyen la síntesis luminosa i el armónico concierto del ideal i la epopeya.

Oís? La voz marcial del Generalísimo vibra aún i proclama: "La epopeya no había muerto i vivirá mientras viva Cuba libre i heroica."

Oís? La voz evangélica del Apóstol penetra una vez más en todas las almas i las ilumina con su fórmula de amor i de vida: "Cubanos, el ideal tampoco ha muerto, no puede morir, nunca morirá, si Cuba es i sigue siendo la República cordial con todos i para todos."

Cubanos: así sea! Así sea, hermano mío en ideales, que estás en mi alma i en el alma de Cuba!

MARTI EN LA PRIMADA DE AMERICA

MARTI EN LA PRIMADA DE AMERICA

Discurso-Conferencia en el acto-homenaje de la Prensa i del Ateneo de Santiago de Cuba celebrado el 17 de junio de 1919.

OFRENDA.

Señores: En tal día como hoi—hoi se cumple el décimo tercero aniversario del hecho infausto—pagó a la muerte el valioso tributo de la vida, de su vida épica i de edificación cívica, el dominicano ilustre que tuvo su cuna a las faldas del Peravia i a orillas del Güera, i fué invicto estratega i alto prócer en ambas jornadas de la independencia de Cuba.

Yo os invito, con tal motivo, i os lo ruego, a poneros de pie, como yo lo estoi, i a elevar conmigo el corazón i el pensamiento en una plegaria sin palabras, a modo de ofrenda votiva, en justo homenaje póstumo al ejemplar heroísmo de Máximo Gómez.

VOTO DE GRACIAS.

Gracias, hidalgos caballeros i damas gentilísimas. Dóilas, mui sinceras i mui cumplidas, a quienes han coparticipado en la realización de aqueste acto de homenajes, en honra mía, con el cual recibo honra no escasa, i a cuantos ahora aquí le dan realce i brillo con su presencia: el cultísimo Ateneo; la ilustrada Asociación de la Prensa i la simpática Asociación de Reporters, heraldos de la cultura de Santiago, lucida i dignamente representada en este acto.

A vosotros, también, señores; i a vosotras, con el alma reverente, bellas i gentiles damas que sois gala i primor de la sociedad santiaguera.

LUZ I SOMBRA.

"Martí en la Primada de América". Tal es el tema evocativo de la más efusiva elocuencia del verbo humano i de la inspiración más exaltada del arpa lírica, que a deshora se me ha dado para la conferencia de esta noche inolvidable.

Ni vagar ni tiempo he tenido para pensar en el sujestivo tema. Estímola, pues, no como tal conferencia, sino como una confidencia de ideas i de emociones redivivas, o como un diálogo cordial con mi selecto i benévolo auditorio.

Diálogo de la luz con la sombra. Ciertamente: de vuestro lado la luz, vosotros, con la atención exquisita que me dispensáis i la generosa benevolencia que os demando; de mi lado la sombra, yo, con mi palabra insegura, antes caldeada al fuego del alborozo i ahora sacudida i opresa por toda suerte de preocupaciones del espíritu en esta hora aciaga del dolor inmisericorde!

EN EL DECENIO.

La guerra de independencia tuvo en Cuba, lo mismo que en otras colonias que fueron de España, etapas diversas, sucesivas o intermitentes, que se conectan en el tiempo como eslabones de la misma cadena. No cabe evocar la última, la jornada definitiva, sin hacerlo antes con la del decenio heroico. La patria dominicana tomó parte en la una i la otra con su concurso de indiscutible valor ético. Suelo hospitalario fué, tierra amiga i hermana, para las familias del éxodo cubano. Diéronles a éstas amor i hogar, en su seno, la ciudad del Ozama i la ciudad de Isabel de Torres. En la segunda—Puerto Plata—se formó entonces un barrio con los emigrados de Cuba. Aún se llama "Cuba Libre". Del Camagüey legendario, cuna de esclarecidos próceres, procedía el mayor número. En la capital se publicaron, sucesivamente, de 1868 a 1872, tres órganos de la prensa revolucionaria: *El Laborante,* por Domingo del Monte, el novelista matancero, de origen dominicano; *El Universal,* por Federico Giraudy, el irreductible santiagués, que hizo durante treinta años la azarosa vida del proscripto; *El Dominicano*—¡qué nombre para un periódico cubano!—por Francisco Socarraz Wilson, camagüeyano cultísimo, salido al exterior con el ex-generalísimo Manuel de Quesada. En Puerto Plata vieron la luz pública, en el bienio de 1875-76, estos voceros de la cau-

sa de Cuba i de la unión antillana: *Las Dos Antillas,* primero, i luego *Las Tres Antillas* (1).

La juventud de la época, la mía, había acojido con fervor, nunca caído en desmayo, la protesta armada de la Demajagua, i se dió a difundirla i ensalzarla con la pluma i con la lira. Acaso se diga que tal adhesión, mantenida en todo el lapso de la lucha decenaria, jamás salvó los límites del platonismo; pero las páginas de oro del heroísmo, ó las del martirologio cubano, han puesto en alto relieve varios nombres dominicanos del decenio (2).

El pacto del Zanjón abatió las armas libertadoras. No para siempre. El Zanjón sólo sería un eclipse de la estrella solitaria. Rasgando brumas e iluminando tinieblas saldría ésta, luego, del cono de sombras. Trancurrió otra década. El héroe de las Guásimas había fijado su tienda en una zona agrícola del suelo dominicano. Un día promovió una reunión en la villa de San Carlos, hoi barrio de la ciudad de Santo Domingo, para renovar ideas i cambiar impresiones. Esa villa, hogar un tiempo de no pocas familias isleñas (en mi país se da ese apelativo a los españoles canarios) se había convertido en hogar de no pocas familias cubanas. Ya la emigración, en su mayoría, no procedía del Camagüey; sino del Oriente cálido. El prócer coronel Silverio del Prado, octogenario ya, era el patriarca de aquella tribu. Eramos unos doscientos, cubanos i dominicanos, los concurrentes a la cita. La casa escogida para la reunión tenía un patio amplísimo. Colindaba con terrenos del egido. Era la morada de aquel otro dominicano invicto, ya de edad provecta, el general Modesto Díaz, que fué el primero de los guerrilleros en la manigua insurrecta.

Allí estaban los dos veteranos del decenio. El héroe de Palo Seco hizo uso de la palabra con el gesto i el tono marcial que le distinguían. Se ha dicho que Castelar siempre estaba en carácter; que era orador siempre: en la Academia, en el Parlamento, en la Cátedra,

---

(1) Entre sus redactores figuraron estos dos antillanos egregios: Betances i Hostos. Otro prócer camagüeyano irreductible,—el Dr. Francisco R. de Argilagos—figuró en la redacción de los mismos.

(2) Manuel Abreu i Francisco Abreu Licairac, Bernardo i Manuel de J. Delgado, fueron fusilados a poco del ataque de Yara. Luis, Francisco i Félix Marcano son héroes cubanos. El primero fué adalid i estratega insigne.—''Paisano—me dijo en cierta ocasión el Generalísimo—si Luis Marcano no muere tan a destiempo, habría llegado también al puesto que ocupa Máximo Gómez.''

en la Prensa, en el libro, en el diálogo con varios interlocutores i hasta en sus soliloquios. Lo mismo, sin hipérbole, le ocurría a Máximo Gómez. El conspicuo banilejo siempre hablaba en arenga. Su lenguaje era de tajos i relámpagos. Una arenga suya fué el resumen de aquel cambio de impresiones. Intentaré reproducirla en sus rasgos generales: ''Paisanos... (él solía unir con ese vocativo a cubanos i dominicanos). Paisanos: la revolución no ha muerto. El Zanjón es un paréntesis. Hai que estar listos. Hai que reunir recursos para la adquisición de armas i pertrechos. La propaganda se hace con ideas; la guerra, con balas. La hora se acerca. Cuba nos espera...'' De allí surgió el primer club revolucionario. Era el puente, tendido por el futuro Generalísimo, para unir las dos gloriosas etapas de la guerra de Cuba por su libertad e independencia.

¡Ah! señores, en aquel momento del alma domínico-cubana, en medio de los emigrados i de los veteranos del decenio, se perfilaba a lo lejos, como un símbolo, la silueta del apóstol!

VERA EFIGIES.

Era el 16 de septiembre de 1892.

Era el día nacional de México—que es también mi día—i el año en el cual se cumplía e iba a ser celebrado, en ambos mundos, el cuarto centenario del prodigio colombino. A medio día regresaba yo de las aulas. En la acera de mi casa, impaciente i sonreída, me aguardaba mi dulce compañera, la madre de mis hijos, con un telegrama del Cibao. Era de Martí! El peregrino sin patria había entrado al territorio dominicano por la frontera. Había pasado tres días en la ''*Reforma*'', fundo i hogar de Máximo Gómez, la cual radica a una jornada de la línea fronteriza. La víspera, el 15, estaba en Santiago, la épica ciudad de los caballeros (3), i con un cordial saludo, anunciábame su salida para la ciudad del Ozama. Dos días después, el 18, a la misma hora i en la misma acera, hallábase el andante caballero al lado de mi esposa. Me esperaban. Yo volvía, ansioso, de las aulas; empero, cuando sólo algunos pasos me separaban ya del huésped bienvenido, detúveme de buen grado para verle con los ojos de la cara i con los ojos del alma.

---

(3) En esa ciudad i en ese mismo día aceptó el General Gómez la Jefatura Suprema del Ejército Libertador de Cuba.

¡Oh la renovada visión inefable! Allí estaba José Martí. Era él, el elegido de los dioses, i yo lo contemplaba i lo veía tal como ahora evoco su figura sujestiva, inconfundible, en la conmovida memoria del alma, i tal como se fija una vez más, radiosa, en la lente de mi retina absorta. Miradle vosotros, i ojalá que alcancéis a verle como yo le ví entonces i ahora lo veo.

Miradlo: Estatura media, delgado, i el talle esbelto. El pelo negro, en ondas, con algunos hilos de nieve, abulta la cabeza de elevadas líneas curvas, a la manera de la bóveda celeste. Cimera i amplia la pálida frente, émula del mármol, nido de águilas que señorean abismos i cumbres. Aguilas son sus ideas i sus ideales de apóstol i poeta. Mate el color del rostro, con la palidez de la vigilia, que las emociones ingentes tiñen de púrpura. Recta la nariz, aguileña i casta. Hondos i negros los ojos, mui negros, pero con mucha luz astral i a veces relámpagos en la pupila. Boca de labios finos bajo el poblado bigote. Esos sus labios, ayunos de mentira, unjidos para el verbo del apostolado, ora se contraen en un rictus de piedad o de dolor, ora se abren como una rosa, ''émula de la llama'', para el diálogo que enseña la verdad o para el monólogo que canta la belleza. Finas también sus manos, dos lirios, diáfanas i rítmicas, alas nacientes de la crisálida al convertirse en mariposa, alas de un cisne, que se descojen en un vuelo caudal del espíritu i son como dos banderas blancas o como dos albas palomas mensajeras.

Era Martí! Era el huésped bien amado i bienvenido. Mientras yo iba hacia él, vino él hacia mí, i sus brazos i los míos se abrieron en armoniosas curvas para el abrazo cordialísimo, i su pecho oprimió mi pecho, i nuestros corazones aceleraron su ritmo en un mismo acorde, i nos dimos el beso de paz, i unjido fuí por él, i fuimos hermanos en el amor de Quisqueya i en el dolor de Cuba irredenta.

Era el deseado i halló amor i paz en el ambiente i a la luz de mi hogar, entonces feliz, i se sentó a mi mesa frugal i alegre, con la cándida alegría de un enjambre de cabecitas blondas, e hizo suya la casa i suya la mesa i suyo el afecto de mi familia. ¡Ai!... apenas transcurridos dos años, una carta suya, como suya mui sentida e impregnada de melancolía, trájome al hogar en duelo por la muerte a deshora de mi ejemplar compañera, con su pena por mi desventura, sus recuerdos de todo aquello que él veía vestido de blanco: la casa feliz, la mesa frugal, el alegre enjambre i la dulce amiga, mi tierna esposa, la del alma, como ella, blanca!

Algo más de ochenta horas permanceió Martí en la Ciudad de

Febrero. Vínole escaso el tiempo, sin embargo, para la ardua faena que fué el objetivo de su viaje a la antigua Española. Pero él se multiplicó, sin cuidarse de su persona, i pudo cambiar impresiones, sembrar ideas, sumar adhesiones, i orientar esfuerzos en un solo sentido. De la simiente nacería i florecería, uno tras otro, un centenar de clubs revolucionarios. E hizo hora para visitar, como huésped i como artista, los monumentos i las ruinas de aquella ciudad histórica, i admiró la basílica metropolitana, i dió fe, con su firma, de la autenticidad de los últimos restos del Descubridor egregio, hallados allí el 10 de septiembre de 1877, los cuales jamás salieron del sagrado recinto de la Catedral Metropolitana i Primada de América.

De su último acto en aquella primera visita a Santo Domingo hace él amable mención, conmovedora, en su carta-testamento ha poco leída i comentada por mi noble amigo el Lic. Bravo Correoso. Alude a su recepción, en noche tempestuosa, en el local de la "Sociedad de Amigos del País". Allí estaban reunidos, con los jóvenes de aquel círculo meritísimo, los miembros de la Junta del Centenario Américo-Colombino i un distinguido grupo de intelectuales consagrados. Bajo la lluvia torrencial había acudido a oirle no poca gente del centro i de los barrios. Agrupábanse en la acera i en la plaza contigua. Yo tuve el placer i a mi me cupo el honor de hacer la presentación del huésped perilustre. ¿A quién, si nó a mí, le correspondía? Yo estaba afónico, i el fuego de mi amor a Cuba i a su Embajador preclaro caldeó mi laringe, i la afonía cesó, i mi palabra se templó en aquella atmósfera de cariño i de entusiasmo irrestricto. Sendas breves oraciones hubo allí en homenaje suyo: la mía, de introducción i de exaltación del prócer dilectísimo; la de José M. Pichardo, para darle efusiva bienvenida; la de Manuel de J. Galván, el autor de la épica leyenda de Enriquillo, que fué su protesta de adhesión a la causa de Cuba; la de Francisco Henríquez Carvajal, mi hermano, glosa viril de una estrofa del malogrado poeta dominicano Manuel Rodríguez Objío. A todos correspondió Martí con su verbo abundantísimo. Incomparable verbo el suyo! Martí era el orador por antonomasia. Cuba se gloría, justamente, de su alta i noble tribuna. Yo creo, señores, que es suya la preeminencia en la oratoria neoespañola. Ella posee pláyades de grandes oradores. Tales: Zambrana i Cortina, Montoro i Figueroa, Giberga i Fernández de Castro, Xiques i Sanguily, Eusebio Hernández i García Kolly, Alfredo Zayas i Juan Gualberto Gómez, Carbonell i Loinaz del Castillo, Sánchez Fuentes i Sánchez Bustamante. Escúsenme los distinguidos oradores presentes, si só-

lo cito a los magnos oradores ausentes i a los idos de la vida. Ninguno se ha cernido desde la altura aquilina que señoreaba el verbo ecuánime del sembrador cubano. Ninguno como él, señores, porque Martí era el orador-poeta i fué el apóstol del ideal nacionalista (4). Ah! aquella noche—en pugna acaso con el meteoro pluvioso—se desbordó en tres vertientes de potísima elocuencia; i fué lluvia de rosas, la primera; lluvia de alas, la segunda; lluvia de estrellas, la tercera. Ahora, en esta cordial evocación, después de cinco lustros de aquella noche inolvidable, la visión se ensancha i se reproduce acrecido el milagro del verbo hecho hombre i hecho patria. Ya no es la lluvia de alas, de rosas i de estrellas; sino algo así como la confluencia imaginaria del Orinoco, el Plata i el Amazonas, como la imaginaria conjunción de las tres ingentes cataratas líricas del mundo americano: la del Niágara de Heredia, la del Iguazú de Guido Spano, i la del Tequendama de Pombo!

YA TENGO DOS PATRIAS.

Bajo la lluvia i el ala del viento, alta la noche, desde la ría del Ozama i en un frágil esquife de vela, enderezó Martí el rumbo hacia la bahía de Neiba. Esa ruta serviría para despistar a los sabuesos que husmeaban su huella. Iba a ver el escenario histórico de la protesta armada de Enriquillo, el *Guarocuya* de los aborígenes, el último de los caciques de Quisqueya. Vería, al paso de su cabalgadura, el lago de la leyenda i la sierra inexpugnable—la del Baoruco—abrupto pedestal del quisqueyano invicto, en donde culmina la epopeya indiana. Por esa vía ganó otra vez la frontera. Pero antes, desde Barahona, me escribió su primera carta que conservo. De ella es este grito del alma: "Ya tengo dos patrias!".

EN LA REFORMA.

Martí volvió al país en 1893. Llegó i se mantuvo de incógnito. Cerníase el espionaje sobre su cabeza. Apenas se detuvo dos o tres días en la Reforma. Allí ató i apretó los hilos de la vasta red revolu-

---

(4) Manuel Sanguily, orador, crítico i prócer, escribió en 1912 a ese respecto: "Oyéndole, comprendo que en la tribuna debía ser asombroso i excepcional, algo singular, sin parecido con ningún otro orador..."

cionaria. Allí, con el Generalísimo, vió de nuevo a algunos de los veteranos del decenio (5).

Se estaba ya en el período más árduo de la labor revolucionaria. De una parte el espionaje i de otra la impaciencia, coincidiendo, hacían correr toda suerte de peligros a la empresa nacionalista; i había que ponerla a salvo. ¡Cómo se multiplicó por aquel tiempo la doble energía, moral i volitiva, de aquel iluminador de los diversos caminos que conducían al campo de la lucha i de la victoria definitiva!

AGONÍA I DEBER.

Unos cuantos días duró la tercera i última visita de José Martí a la República Dominicana.

Era el año 1895. El año de su Thabor i de su Gólgota. El 7 de febrero llegó por tercera vez a la Reforma. Había sonado la hora de Cuba. De un momento a otro partirían los dos caudillos para el campo insurrecto. Allí, en el hogar de Máximo Gómez, les llegó la noticia del grito de Baire. Luego supieron que los titanes de bronce—José i Antonio Maceo—iban ya sobre las olas en recobro del ardido escenario de la lucha (6). Luego... Era llegado su turno. Pero faltaban necesarios recursos. I ambos, Delegado i Generalísimo, convirtieron la mirada ansiosa hacia la Ciudad de Febrero: la Ciudad Primada de América.

TODO POR CUBA.

Tres de los más adictos servidores de la causa revolucionaria se reunieron para arbitrar fondos, pedidos con urgencia, i sin escusa. Uno era cubano; dos, dominicanos: José María Rodríguez, nativo de Santiago. brigadier del decenio; Jaime R. Vidal, tan conocido como estimado en Cuba, i yo. Lo poco recogido, hasta entonces, se había agotado. No había tiempo para abrir una recolecta. Los tres an-

---

(5) En una carta dirijida por Martí, como Delegado, al club "Diez de Octubre", de Pto. Plata, se explica la premura de esa entrevista como sigue: "El segundo viaje a Montecristi fué una simple visita de consulta al general Máximo Gómez."

(6) El 1º de abril—el mismo día que José Martí i Máximo Gómez se embarcaron en la playa de Montecristi, rumbo a Cuba o a la muerte—efectuóse en Duaba el desembarco de los expedicionarios a las órdenes de Flor Crombet i Antonio Maceo.

dábamos escasos. ¿A quién acudir con éxito? Vidal apuntó: "—El General... podría ayudarnos." Rodríguez asintió; pero opuso este reparo: "—Hai un obstáculo." "—Cuál?" "—La enemiga que existe entre aquél i uno de nosotros." Ambos me miraron con mirada interrogadora. Yo guardaba silencio en lucha conmigo mismo. —"Si fuera posible!"—dijo el uno. "—Si usted quisiese...!"—agregó el otro. Ambos me miraban... i a mi me pareció que la angustia ponía un velo de lágrimas en sus ojos... No vacilé más i, pensando en la tremenda responsabilidad de la hora, articulé con el corazón en los labios: "Todo por Cuba". "Todo por Cuba, repetí, anticipándome al lema cívico que luce como su escudo heráldico "El Cubano Libre".

El siguiente día, alta la noche, tres sombras se deslizaban en la morada del déspota dominicano. Era la hora de la cita. A la opaca luz de un farol subimos la escalera de reserva. Delante iba Vidal, seguíale Rodríguez; yo era el último. El general, en la sombra, nos esperaba en la meseta. Sorprendióse al verme en su casa. "Bienvenidos, mis amigos", i estrechó sendas manos con la suya. No la mía. A mí me tocó exponer el caso crítico; ponderar la labor de Martí, de Gómez, de Maceo; singularizar el mérito del óbolo solicitado, augurar el triunfo de Cuba con la ayuda eficiente de los dominicanos. El resultado fué completo. Al término de la entrevista contábamos con un giro sobre Montecristi. Al separarnos i despedirnos, en lo alto de la escalera, aquel hombre raro nos advirtió: "Que el Presidente de la República jamás sepa lo que el general Heureaux ha hecho por ustedes i por la causa cubana." Mis compañeros, complacidos, manifestáronle en un abrazo su reconocimiento; i yo, haciendo un noble esfuerzo—pues nobleza obliga—estreché la mano férrea que él me tendía. No era yo quien se la estrechaba: era Cuba.

CAMINO DE LA GLORIA.

Con caballos de remuda iba el infatigable Mallía Rodríguez, camino del Cibao, llevando consigo la letra de cambio. Llegó a la "Reforma" el tercer día. Aquel donativo era una palanca. "Con ella alzarían el mundo". Una carta mía para ambos, dirigida a Martí, acompañaba el donativo. En sus líneas, a vuela pluma, proponíale yó este dilema: su puesto estaba dentro o fuera de Cuba?

El 25 de marzo, fecha del *Manifiesto de Montecristi* i de la carta suya, llena de filial ternura, con la cual se despidió de su santa ma-

dre—la eterna despedida!—dió Martí contestación a la mía con su admirable epístola, llamada luego por mí el *testamento político de un héroe,* cuyo contenido es una cantera inagotable para las edificaciones del patriotismo (7).

A fines de marzo se despidieron de la Reforma, Martí i Máximo Gómez; i el 1º de abril, en un bajel de poco calado, abandonaron el suelo dominicano, para desembarcar en un puerto cualquiera de la costa cubana. Eran seis los tripulantes. Iba ''con una mano de valientes''. No él, sino el generalísimo, el brazo hercúleo, era quien iba con esa mano heróica, con esa mano domínico-cubana; pero José Martí era el índice inductor en el camino del sacrificio i de la gloria (8).

Tras una breve odisea, sorteando obstáculos i peligros, el 11 de abril ganaba la costa el frágil esquife i el grupo épico besaba la tierra de Cuba. El 16 andaban por la jurisdicción de Baracoa; el 26, no lejos de Guantánamo, se regocijaban en el campamento de Maceo; el 10 de mayo se hallaban en la zona de Holguín; el 14 se despedía de Miró, a orillas del Cauto... i el 19, domingo, caía Martí, ''como bueno'', ''de cara al sol'', en la fatal sorpresa de *Dos Ríos*. El héroe cayó exánime, en desigual combate, i su luminoso espíritu prendió en todas las almas i puso más luz en la estrella solitaria!

OFRENDA VOTIVA.

Yo no olvido, señores, lo que me dicta el deber, con relación al decreto de suspensión de garantías. Hospitalidad también obliga, i yo, al venir a este acto de homenajes en honra mía, puse un sello de discreción sobre mis labios. Pero aquí, en la noble entraña de los máximos amores, siento las oleadas de hondas emociones que suben desde mi corazón i pugnan por romper el sello que adrede puse en mis labios trémulos. Ah, señores! Yo vengo de la ciudad doliente i voi por los caminos del dolor eterno, en esta hora triste, en busca de un poco de amor i un poco de justicia para mi patria, la sin ven-

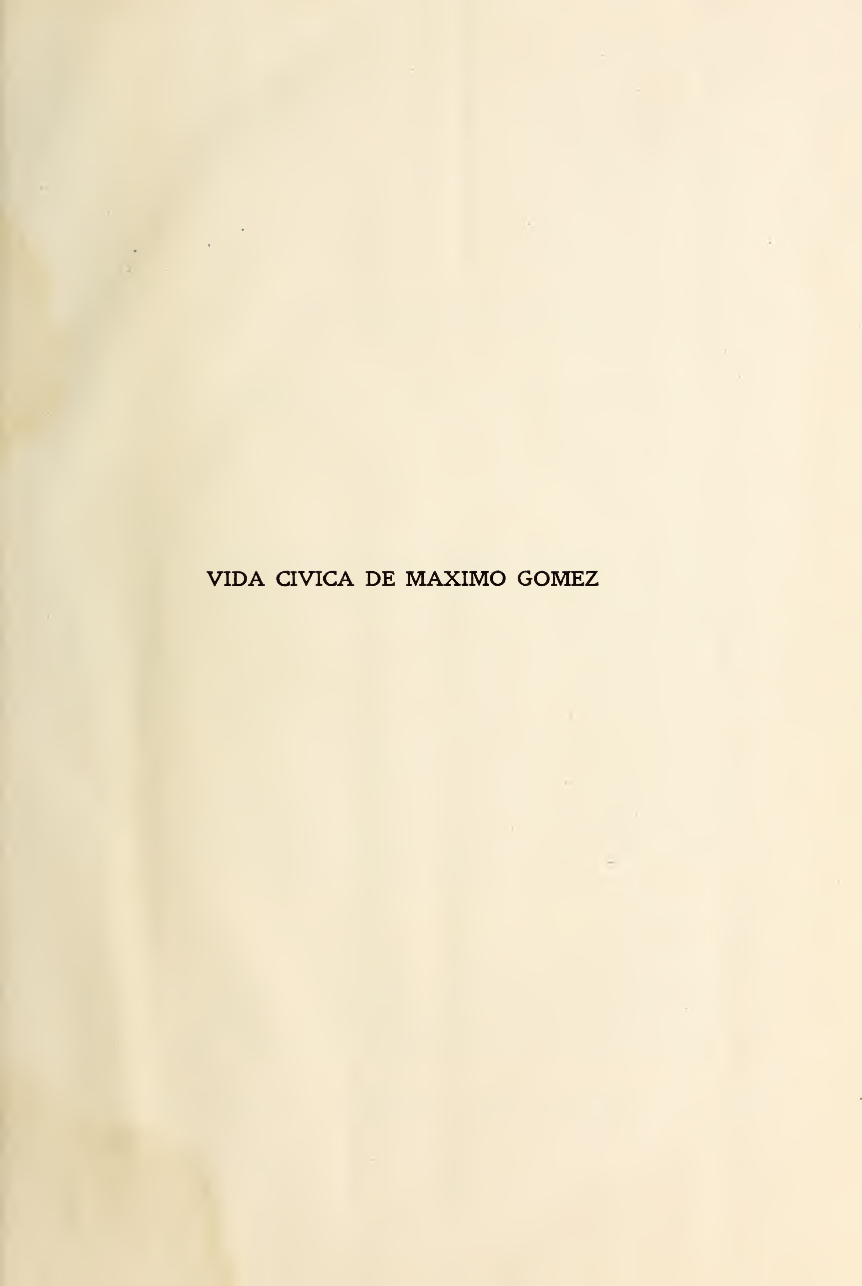
---

(7) El original de la famosa carta—obsequio del conferencista a la ilustre ciudad oriental—se conserva en el Museo Municipal de Santiago de Cuba.

(8) Los expedicionarios de Montecristi eran seis. Cuatro, cubanos: José Martí, Francisco Borrero, Angel Guerra i César Salas. Dos, dominicanos: Máximo Gómez i Marcos del Rosario. Esos dos sobrevivieron al fin de la guerra; i el último, septuagenario, vive aún en Santo Domingo.

tura! Yo sé que estoi en Cuba i que "ésto es aquéllo i va con aquéllo", i conozco i avaloro el concurso moral i efectivo que los cubanos han prestado i prestan a la obra de restauración de la soberanía de la República Dominicana. Por éso estoi aquí, entre vosotros, mis hermanos en Martí, e invoco su augusto espíritu i depongo en aras de sus ideales—que son los míos—las rosas de mi gratitud, de mis anhelos i de mis esperanzas, como votiva ofrenda de mi alma que tanto supo i sabe de la suya fundadora.

¡Acójelas en el cielo de tu gloria, hermano mío, i que florezcan perennemente en el rosal de tu espíritu, apóstol i maestro! I tú, con él, ¡oh, Duarte! padre mío, padre de la Patria i Fundador de la República!



VIDA CIVICA DE MAXIMO GOMEZ

VIDA CIVICA DE MAXIMO GOMEZ

Conferencia dictada la noche del 4 de julio de 1919 en el teatro de Gibara.

ACCIÓN DE GRACIAS.

Señores:

Os doi gracias por el fervoroso aplauso, de amable i culta galantería, con que saludáis mi presencia en la tribuna del palco escénico; i acéptolo, conmovido i complacido, como una graciosa ofrenda de rosas del espíritu—caídas de vuestras próvidas manos ¡oh gentiles damas gibareñas!—con las cuales ponéis amor, cordialidad i belleza en este acto i en esta noche de efusiones del alma cubana en obsequio del alma dominicana.

Séame dado ampliar ese voto de gracias, sincero como mío, para ofrecerlo también a los meritísimos centros sociales que han extremado sus atenciones con mi sobrino Max i conmigo; i singularmente a quienes, entusiastas, le dan realce de juventud florida a esta velada con su contribución artística, la cual ha venido a ser como el eco simpático de la voz amiga, llena de alma, que acaba de hacer aquí nuestra presentación con encendidas frases de honor i de afecto (1).

EVOCACIÓN.

Conozco, i no de ahora, vuestro natural sencillo i franco. La franqueza es inherente al carácter de los pueblos que se agrupan, como una sola familia, junto al acantilado de la costa o cabe las arenas de la playa. No es la vez primera que piso el suelo de Gibara

(1) El Sr. Armando Leiva, distinguido escritor i periodista.

i que me recreo con el azul purísimo de su mar i de su cielo. Más de tres lustros han discurrido desde que—viniendo de México i con escala en la Habana—llegué a su puerto i me detuve en la villa las horas hábiles de un día de febrero.

Era en las vísperas del advenimiento de la nueva República. Compañeros mios de la labor revolucionaria, de la emigración oriental, que fué a plantar sus tiendas en campos i ciudades de Quisqueya, recibiéronme entonces cordialmente i del mismo modo que lo han hecho siempre los cubanos conmigo i en honra mía: abiertos los brazos, cual si fuesen alas, en efusión de amistad i de cariño.

Yo nunca lo he olvidado, señores, como tampoco olvidaré este día de halagos i de emociones inolvidables.

Entonces iba yo en recobro de mi hogar, cumplida ya la misión diplomática que me llevó al Anáhuac, la tierra maravillosa en donde floreció aquel vasto imperio azteca, el de los Moctezumas, deshecho a golpes de audacia i quizás de suerte por el conquistador impar, después de la ''noche triste''; i Santiago iniciaba la serie de actos con que, en ocasiones diversas, se me ha enaltecido en Cuba, como para compensar con honores i cariño mi antigua devoción i mis servicios a la causa de su independencia; en tanto que ahora soi el peregrino, ausente de sus lares, que se aleja inconforme del violado suelo de la patria—¡la sin ventura!—i va en busca de caridad i justicia para el dolor dominicano...

LA CRUZ I LA ESTRELLA.

Por eso hoi, a la caída de la tarde, luego de haber visitado los círculos sociales i recorrido las calles de la ciudad costera, cuando nos detuvimos en una de las secciones del malecón, mientras la luz solar se extinguía en una postrera llamarada de púrpura i moaré, dime al nostálgico placer de aspirar a todo pulmón la fresca brisa marina, de olor i sabor salinos, i los ojos del alma, ansiosos como nunca, se me iban hacia la movible cinta del horizonte que le cierra el paso a la ávida mirada de los ojos de la cara;... i parecióme ver, más allá de los horizontes, en las lontananzas del espíritu, la visión dolorosa de la Patria Dominicana—la hija mártir i gloriosa de los ideales de Duarte—clavada en la cruz de su propia bandera trinitaria (2).

(2) Con J. P. Duarte, el Fundador, i el núcleo de los *Trinitarios* se inició la creación de la República.

Mi espíritu, en quel instante, lo mismo que el mar cantor, envolvíase en un cendal de sombras. Era ya de noche. Volvíme entonces hacia el opuesto lado i tuve otra visión celeste. La luna, lámpara de alabastro en cóncavo plafón de zafiro, góndola de ensueño en el piélago del aire, rielaba ahora en cada copo de espuma del vecino mar costero, con su serena luz ambarina, o la vertía, en besos de amor, sobre la villa ensoñadora.

Era la clara luna de Gibara, con un cielo diáfano i puro, que se diría perenne luna de enero; empero, a mí me pareció que era la estrella solitaria—ojo avizor del Turquino—en el cielo a franjas de la bandera cubana. Era, para mí, la radiante estrella de Cuba, la del Oriente legendario e indómito, i en cada uno de sus cinco radios fulguraba una letra de oro i el armónico pentagrama sideral, en sucesivos turnos, ofrecíame el nombre luminoso de tres inmortales: de la inmortal trilogía libertadora en la etapa postrera de la guerra de Cuba: Martí! Maceo! Gómez!

EL TEMA.

Señores: Sea vuestro libertador i mi compatriota—émulo de los más insignes capitanes—quien me suministre el tema de mi discurso. Sea el genial estratega—el de las improvisaciones de seguro éxito sobre el terreno fragoroso i ardido por la contienda—quien me facilite un aspecto de su naturaleza, poco conocido hasta aquí, para asunto de esta modestísima conferencia, tal como se me sujería no mucho antes de ascender a la tribuna en el ambiente de emociones afectivas que ahora me envuelve .

Pongo de lado, pues, al soldado esclarecido i omito hablaros de sus arrestos marciales i de sus hazañas épicas; porque sólo aspiro a daros a conocer i admirar uno de los perfiles más salientes de su vida—típico en su juventud no menos alegre que confiada—el cual persiste en él, a través de las sacudidas i las peripecias de la guerra, i al fin le ciñe, en la cabeza firme i altiva, el olivo junto al laurel de las victorias i de la victoria definitiva.

Voi a hablaros, si el tema os place, del civilismo de Máximo Gómez, elevado luego en su conciencia de prócer i en sus actos de ciudadano a civismo ejemplar i edificante.

VIDA SOLARIEGA.

Procedía Máximo Gómez de familia de arraigo en el solar nativo. Había nacido en el pequeño valle, de césped florido, que el Güera baña i atalaya el Peravia, donde Baní semeja—con sus casitas blancas i pulcras—un rebaño de ovejas de vellón de nieve. Su infancia había corrido, fortaleciéndose, sobre la esmeralda de menuda grama, en cerros i praderas, i cabe el colmado mantel de hatos i conucos, en un ambiente a la vez patriarcal i pastoril, bajo el ala de la égloga i bajo el ala del idilio. Que así era el florido valle: una Arcadia feliz dominicana.

De la adolescencia a la juventud, primavera de la vida, solía ensanchar sus impresiones i sus conocimientos con sus visitas a la Ciudad Primada. Catorce leguas dista Baní de ese antiguo centro de cultura. Ya no le bastaba el párroco de la villa—algo más que un cura de aldea—que había sido mentor i maestro suyo.

A los dieciocho años era ya un joven de apuesta figura: erecto, delgado, ágil i elegante. Tenía trigueña la faz, finos los labios, los ojos negros, onduloso el cabello. Era ya el galán, mimado de las damas, que en breve dió la norma en bailes, veladas, paseos, amores i amoríos.

Entonces fué, en 1855, cuando en la leva para la tercera campaña contra la invasión haitiana, se enroló con otros infantes en la caballería banileja. Baní daba siempre el mayor contingente para los escuadrones armados de lanzas i de machetes de cabo. Con el grado de sargento marcha al campamento. Como andante caballero de la patria en peligro entra en la lid, i concurre a la reñidísima batalla de *Santomé,* coronada por el triunfo en toda la línea, i obtiene la estrella de subteniente sobre el campo de batalla.

No continúa, sin embargo, en el servicio de las armas. Acaso por la muerte de su padre. No luce en la paz marciales arreos. No figura en la política militante. La Arcadia feliz lo retiene en su seno de holgada existencia urbana i campesina. Permanece en el valle. Vive satisfecho en su hogar i en su feudo. Es diestro cazador de palomas, al corzo o al vuelo. Como un pez en el agua—ora en "los tres charcos", ora en "la piedra del chivo"—se sumerje a diario i náda en ambas hoyas del empedrado río. Jinete, en su corcel criollo, era de verlo en "las corridas de sortija", o en "las corridas de macutos", en *Paya* o en *El Llano,* señor i dueño del campo de la amena justa, ganar uno i otro lauro i recibirlos, con donaire de vence-

dor, ya de las blancas manos de una linda llanera, ya de las manos canelas de una gentil payesa.

Era un bailador sin émulos. En vals, danza, polka o mazurka era el primero. El dirijía siempre las contradanzas. Presumo que fuese él, i no otro galán banilejo, quien ensayó en Baní "los lanceros", baile en boga, llevado al país cuando la inconsulta reincorporación de la antigua Española a la corona insegura de la dinastía reinante en España.

E iba él, amante de la música i trovador nocturno, alta la noche, en el grupo cantor de serenatas que —a la luz de la luna i a los acordes de tiples o guitarras—solía desgranar, a duo, canciones de amor i nostálgicas barcarolas. Algo de Cuba suspiraba en aquel ambiente: entre las canciones favoritas se cantaba entonces la dulce i amorosa *bayamesa*...

Puso también su pluma al servicio de las actividades de la vida civil en diversas funciones públicas locales. El jefe comunal, el juez-alcalde, el síndico municipal i el cura de almas valíanse a menudo de su péndola para actas i correspondencia. La huella de su pluma podría rastrearse, quizás con éxito, en legajos de la Jefatura, de la Alcaldía, del Ayuntamiento i de la Parroquia. Tal vez haya por allí —si el doble incendio de la villa no las trocó en ceniza i humo—algunas hojas dispersas, de su juvenil epistolario erótico, arrancadas a la rosa de su fantasía, cuando nó a su ubícuo corazón amartelado...

Tal la juventud del simpático banilejo.

Al final de ese período de su existencia—cuando aún no había salido yo de la adolescencia i hallábame en vacaciones escolares—fué mi conocimiento personal de Máximo Gómez. El era amigo de mis hermanos. Con el mayor asistía yo a la última gran fiesta tradicional del valle i de la villa: de aquel apacible i risueño Baní, de vida patriarcal i eglógica, tal como perdura en una novela de la época (3). Conservo bastante vivas las impresiones de ese fin de año, el 1862, en el cual se prolongó la rumbosa fiesta, urbana i campestre, social i religiosa, desde la octava de la Virgen de Regla hasta Pascuas i Reyes.

---

(3) *Baní* o *Engracia i Antoñita:* novela criolla por Francisco Gregorio Billini, distinguido banilejo, que fué Presidente de la República. Edición de 1879.

A poco se encendió en Capotillo la hoguera de la revolución restauradora. La juventud banileja no fué de las últimas en oir el bélico clarín i en acudir a su llamada. Máximo Gómez acudió con los primeros. El mayor de mis hermanos, amigo suyo, estuvo en relaciones con el bizarro grupo. Pero sobrevino una anómala situación, absurda i desconcertante, creada en aquella zona insurrecta por Pedro Florentino. Este antiguo oficial de la Independencia—tocado de una suerte de *delirium tremens,* acaso por embriaguez alcohólica, acaso por auto-intoxicación de su pigmento afro-criollo—convirtióse en una hiena e hizo ejecutar, en salvaje hecatombe, lo más granado de la juventud banileja. Aquellos jóvenes patriotas fueron muertos, a machete i a tiros, como traidores i enemigos de la Patria... ¡Horrible paradoja!

Gómez fué del escaso grupo que logró escapar con vida de la pavorosa matanza. Cundió el pánico. Hábilmente aprovecharon los jefes españoles aquel momento aciago—de estupor i disgusto—para amparar a los vecinos del valle en sus vidas i haciendas.

Cuando el escenario del sur se despejó del vaho de sangre, un año después, i la batalla de *La Canela* ciñó con el lauro del triunfo al héroe de Santomé, ya el escaso grupo de banilejos había sido enrolado en un cuerpo de las reservas dominicanas (4). Entonces fué cuando, rehabilitado el antiguo subteniente como reservista, vistió las armas que nunca esgrimiría en contra ni en daño de sus paisanos victoriosos en la lucha restauradora. Entonces fué, también, cuando conoció de cerca a dos bizarros oficiales del ejército español, a quienes habría de oponérseles i vencerlos en su carácter de general en jefe de las armas insurrectas en los campos de Cuba (5).

¡Oh los contrastes i las coincidencias, a veces peregrinas, que la mano del tiempo teje con briznas de escoria o con hilos de oro en la inmensurable malla de la Historia!

---

(4) El General José M. Cabral—que luego ejerció la Presidencia de la República—fué el héroe de *Santomé* i de *La Canela.*

(5) Armiñan i Weyler. Al primero lo venció en *Las Guásimas;* al segundo lo hizo fracasar, lo mismo que a Martínez Campos, en la última etapa de la guerra libertadora de Cuba.

Máximo Gómez vino a Cuba en el segundo semestre del año 1865. En Santiago se fijó con su familia. Componíase ésta de sólo tres damas: Clemencia Baez, su madre anciana, i Regina i María de Jesús, hermanas del proscripto. Regina, la mayor, era de una asombrosa semejanza psicológica con su hermano: el predilecto de las tres damas.

Gozaba de una pensión mezquina, como reservista, i antes de un año renunció la pensión i el grado. Ese gesto suyo dió origen a versiones. A dos hechos ambos fidedignos cabe atribuirlo. El primero: que un día vió, indignado, como la fusta de un hombre blanco—amo o verdugo—caía sobre el dorso, desgarrándoselo, de un negro esclavo puesto en cruz i de rodillas; i era un mísero anciano. El segundo: que hizo suyo el rasgo de altivo decoro de otro reservista dominicano al rechazar el ofrecimiento menguado a que acudió el jefe militar de la provincia para poner fin a un expediente de fraudes.

A principios del año 1867 tuvo hogar i feudo en el Dátil, lugarejo de la jurisdicción de Bayamo, en donde a poco padeció el dolor intenso, como ninguno, que le causó el fenecimiento de su madre amantísima. Ah! el dolor enseña, educa, purifica! Sobre la tumba de la venerable matrona, sin duda, alzó el hijo piadoso su espíritu a nueva vida. En esos mismos días fué comunicado en el plan revolucionario del magnífico i munífico Aguilera.

Modesto Díaz i un hijo suyo; Manuel Abreu i su sobrino Francisco; los hermanos Bernardo i Manuel de J. Delgado; Luis, Francisco i Félix Marcano, los tres heroicos hermanos,—dominicanos los nueve—fueron otros tantos adeptos a la causa desde su inicio (6).

El dulce i fácil poeta bayamés del cadencioso ritmo de las palmas (7) tuvo siempre la encendida ilusión de haber sido él—su íntimo amigo—quien atrajo a las filas insurrectas, con los modestos galones de sargento, al futuro organizador de la victoria. Coincidencia

---

(6) Luis Marcano, caído a poco en infame celada, junto con su hermano Pancho i los dos Abreu i los dos Delgados, fué el estratega en la toma de Bayamo. Modesto Díaz fué el decano de los guerrilleros en el decenio. Félix Marcano, acribillado de heridas, luchó en ambas etapas bélicas i les sobrevivió i pudo ver el advenimiento de la República.

(7) José Joaquín Palma.

sería! Con igual graduación, a los 19 años, sentó plaza i figuró en el escuadrón de caballería que dió, con Cabral al frente, la carga decisiva en la batalla de *Santomé*. Poca cosa era. Sólo que algo más sabían, al respecto, estos próceres de la primera hora: Francisco Estrada, Bartolomé Masó, Carlos Manuel de Céspedes i Francisco Vicente Aguilera. El mismo general Gómez ha dejado fe de ello (8).

Treinta años cumplidos tenía el gallardo paladín al iniciarse—con el grito de la *Demajagua*, los tiros de *Yara* i la toma de *Bayamo*—las reñidas i numerosas jornadas del decenio; e iba a consagrale otros treinta de su vida heróica a la causa cubana. Entró a la liza con pie de héroe. Sobre los *Pinos de Baire,* asalto i copo, se yergue i crece su marcial figura. En la *Venta de Casanova,* complemento del anterior combate, gana la acción i gana el entorchado, i entra, enseguida, como Segundo del General Donato Mármol, en la Jefatura del Ejérto de Oriente, aún en pañales.

A VUELO DE PÁJARO.

Ah, señores! Yo no voi a seguirle en su dilatada carrera de máximo estratega. Esa carrera suya, de cóndor i centauro, es vertiginosa. A vuelo de pájaro pasaré por ella con la frase alada. Por dos veces, en el decenio, actúa como General en Jefe. En el trienio es él, i no otro, el Generalísimo indiscutido i tal vez insustituible. Mirad!—si es que podéis seguirle en la ruta de centauros de una i otra invasión, la malograda i la cumplida—la vía láctea de sus estupendas proezas. Mirad como constelan el espacio ardido de las sabanas i los montes, hacia los cuatro puntos cardinales, antes en el decenio, después en el trienio, los cien combates de su plan estratégico i los de su comando con Antonio Maceo; entre los cuales descuellan —a modo de erectas palmas triunfales—*Palo-seco, El Naranjo, Las Guásimas, Mal-tiempo* i *Coliseo*... Aún diría yo—si no temiese abusar del símil—que esas sonadísimas victorias son también como los cinco radios de la Estrella Solitaria.

Vedle...! Allá vá, ginete en su corcel de guerra, brioso i diestro; caballero de la arrogante figura, sin tacha i sin miedo; precedido por la helera de llamas del incendio i por el formidable ariete de

(8) Nota autógrafa adherida por el Generalísimo a un ejemplar del libro *Iniciadores i primeros Mártires de la Revolución Cubana,* que se conserva en el Museo Nacional de la Habana.

vanguardia que es el titán de bronce, en aquel prodigio de la estrategia que fué la invasión del oriente sobre el occidente, i pasa i repasa las zonas asoladas por el fuego e iluminadas por la victoria!

Tal el adalid preclaro, señores, tal el héroe invicto; i así aparecerá en el grandioso monumento de mármol i bronce que va a erigirle, en honor suyo i en honra de Cuba, la patria reconocida...

EL CIVISMO DEL HÉROE.

I vuelvo al tema.

Las necesidades de la guerra, en plena campaña, apenas afectan en él al civilista. Su civilismo persiste i se manifiesta en actos de civismo. Estos abundan. Algunos bastan para ceñirle la toga viril del ciudadano consciente de su noble investidura. Evoquémoslos.

Para él la unidad de la acción militar, a su cargo, no era incompatible con la acción gubernativa, sola o conjunta. Siempre rodeó de respeto la autoridad del Presidente i la libertad i autonomía de la Cámara. Cuando Donato Mármol, en la aurora de la lucha, quiso la dictadura militar para sí, Máximo Gómez—alejándose de él—mantúvose fiel a la jefatura gubernativa de Céspedes. Cuando este prócer ilustre—olvidándose tal vez de la lealtad del intrépido banilejo—lo destituyó del mando de las tropas orientales, acató el mandato imperativo i, en lugar de abandonar la manigua i salirse al exterior, como hicieron otros en lo más recio de la lucha, entró sencillamente en la sombra, monte adentro, en disponibilidad, atento el oído i pronto a volver al servicio activo i al peligro inminente, si el Gobierno, o el mismo Céspedes, lo llamaba.

Justamente al año, caído en el seno de la muerte el insigne prócer Ignacio Agramonte—el Bayardo del decenio épico—reasumía el general Gómez el mando supremo del ejército organizado por el glorioso camagüeyano.

Tal conducta—la de Máximo Gómez—no es de mera disciplina; sino de ejemplar civismo.

De hombre social i civilmente educado fué asimismo, el encender en su estratégico retiro de *La Reforma,* en fértil zona de los campos de Cuba libre, en la una i la otra guerra, el hogar compartido con la compañera fidelísima; i el encenderlo luego en el solar nativo, en su feudo cibaeño del mismo expresivo nombre, siempre con su esposa i rodeado de su prole. En uno i otro retiro campestre—el cubano i el dominicano—sabe él, con el poeta eximio, que "la libertad el cam-

po habita'' (9) i hace honesta vida campesina i restaura sus fuerzas para proseguir en la ingente lucha por la libertad i la independencia de Cuba. En ambos feudos, en la paz como en la guerra, los laureles que orlan sus sienes no le vedan inclinarse sobre la tierra, para labores agrícolas, i tumba i tala i habita parcelas de su conuco i recoje de sus próvidas entrañas el pan de cada día. En ambos pone de resalto su civilismo i su civismo. En ambos evoca, no la marcial silueta de Julio César, aleatoria, sino la silueta cívica, austera, de Cincinato. El también pudo decir, en más de una ocasión, con el gran lírico bayamés: ''Mis tiempos son los de la antigua Roma...'' (10).

Arengas i páginas suyas dan fe de su civismo. Hasta en sus órdenes del día, a veces, se ve el gesto cívico. Una hai, de ecuanimidad insuperable, con la cual garantiza la vida i la libertad a los prisioneros españoles o su incorporación voluntaria a las fuerzas revolucionarias. Previsor patriotismo el suyo. Con ese i otros rasgos, no menos dignos de loa, evoca la austera figura cívico-militar de Hoche, gloria de Francia; i recuerda a Sucre, el magnánimo, antes i después de la victoria síntesis de Ayacucho...

Concluida la contienda de Cuba i España—no contra España—envainó su ociosa espada de estratega i héroe i aún se la desciñó i la puso en la panoplia. El gran soldado cedía el paso al ciudadano conspícuo. El ciudadano iba a postular con la mayoría, como lo hizo, la candidatura de un prócer civilista, para el ejercicio de la función ejecutiva en el período inicial de la vida autónoma de la nueva República.

En honra suya—dominicano de origen i de nacimiento—articula la Constitución de Cuba un caso de excepción, único, para poder ser electo, i ejercer la primera magistratura del Estado. Este canon, de honor i de justicia, puso a prueba decisiva el civismo de Máximo Gómez. Más de una vez se le oyó decir: ''No aspiro a ese puesto. Estoi demasiado acostumbrado a que me obedezcan a la primera voz de mando''. Luego añadía: ''Cuba, en la paz, sólo necesita de sus próceres civiles en el Gobierno.''

Así habla el civismo. Su actitud cívica, de ética imponderable, hame sujerido la siguiente inferencia: colocádo el Generalísimo frente al insólito dilema—o la Presidencia o el ostracismo—habría optado por el exilio, acaso para ir a cavar su tumba en donde se meció

---

(9) Andrés Bello.

(10) Juan Clemente Zenea.

su cuna i se deslizó la primavera de su vida: a las orillas del Güera i bajo la sombra del Peravia. Es una mera hipótesis...

Tal fué, señores, el hombre i el ciudadano; tal su edificador civismo. Con tan altos relieves cabría modelar, también, la egregia figura cívica del prócer domínico-cubano.

PRO-PATRIA.

Hoi es el 4 de julio.

Cada fecha patricia es en la Historia de la Civilización una cima luminosa. En esa cima detona el rayo i se enciende el oriflama de luz que es faro i es guía del pueblo redimido. Ninguna—salvo aquella que inspiró la *Marsellesa*—tan encumbrada ni tan esplendorosa como ésta del 4 de julio. En la una—la de la Revolución Francesa—surjió a iluminar a la vetusta Europa el sol de la Libertad; en la otra—la de la emancipación de las Colonias—surjió a iluminar a la joven América el sol de la Independencia. Ambos soles iluminan el mundo. Es el ideal augusto!

Inclínome pues, de buen grado, ante la cimera altura en donde flamea la enseña nacional de las trece franjas i ya de las cuarentiocho estrellas. Inclínome ante la bandera de la Unión Americana—inicial de la Independencia de América—i salúdola como una admirable síntesis: *E pluribus unus*...

Pero ¡ai! sabed, cubanos, que esa misma bandera flota ahora i desde hace tres años en la atalaya de la torre del Homenaje—en la gloriosa Ciudad Primada i de Febrero—como símbolo de fuerza i como esfinje, a la vista atónita del pueblo dominicano i con escarnio del Honor, del Derecho i de la Justicia.

Por eso surje a menudo, en lo íntimo de mi alma atormentada, la visión dolorosa que me pareció ver, a la caída de la tarde, más allá de los horizontes del mar de zafiro que baña la costa gibareña. Es la visión perenne i el olvido es imposible!

Ah, señores! Yo sé de donde vengo i hacia donde voi en esta hora aciaga i triste. Dejad que os lo repita: Yo vengo, ai! de la Ciudad doliente i de la Isla intervenida; ¡la miseranda! i voi hacia los nobles corazones de los pueblos libres, hermanos del mio, por los caminos del dolor inmisericorde: el de las pampas de granito i el de los mares sin orillas; i estoi otra vez en Cuba i he llegado a Gibara, como a Santiago, como iré a las otras heróicas villas del Oriente épico,—abiertos los brazos i tendidas las manos—con el mismo ritmo de cordialidad i de

simpatía que emerje del alma cubana en pro de la causa dominicana—en busca de caridad i justicia para mi patria ¡la sin ventura! tal como las hubiera pedido, con ejemplar civismo, el héroe invicto que fué Máximo Gómez i tal como las obtuvo de Quisqueya libre, para Cuba irredenta, el héroe mártir de Dos Ríos.

Martí! Otra vez sube su nombre sujestivo desde el corazón a rastras a los labios trémulos. Yo no olvido que su corazón i el mío, en la hora épica, encendidos en la misma llama de amor i redención, latieron con el mismo ritmo. Al calor de esa llama—la de su apostolado excelso—se han fundido los pensamientos, radiantes e iluminadores, que he recogido, como un legado, en la *Carta-testamento de un héroe.* Oid, señores, algunas de las palabras de su epístola: ''Esto es aquello i va con aquello''... ''Hagamos por sobre la mar, a sangre i a cariño, lo que, por el fondo de la mar, hace la cordillera de fuego andino''... ''Debo a Vd. un goce de altura i de limpieza en lo áspero i feo de este universo humano''... ''Levante bien la voz; que, si caigo, será también por la independencia de su patria''... Lo oís? Martí cayó también por la independencia de mi patria!

Así hablaba el apóstol. Así hablaba conmigo. El me llamaba hermano... Ah! me ahogan las lágrimas i la voz me falta... No puedo más... Gracias, señores, gracias del alma!


10001795470